

Función económica de los niños en países de bajos ingresos

Gerry RODGERS y Guy STANDING*

1. Introducción

Casi todos los niños trabajan en una u otra forma. Parte de este trabajo es asalariado; otra parte considerable consiste en tareas relacionadas con el hogar; pero un volumen mucho mayor se desarrolla en un limbo estadístico, no se considera una actividad de la fuerza de trabajo convencional, a pesar de su evidente significación económica y social. Según cálculos de la Oficina de Estadística de los Estados Unidos, en 1976 había 56 millones de niños empleados en el mundo (OIT, 1979 *a*). Otros cálculos sugieren que el número es muy superior (por ejemplo, OIT, 1979 *b*). Pero el hecho mismo de mencionar una cifra despierta una sensación de escepticismo. ¿Qué significa? ¿Es posible abarcar en forma realista los diferentes aspectos del trabajo de los niños con una sola cifra? A pesar de que tal escepticismo se justifica plenamente, los datos disponibles — aun siendo imprecisos — bastan para indicar que la extensión del trabajo de los niños es enorme, y puede afirmarse que los datos internacionales existentes subestiman año tras año el número de niños que participan en la «actividad económica».

No es posible aislar la medición del trabajo de los niños de su significado económico y social. Tradicionalmente ha prevalecido un punto de vista de bienestar social, según el cual el trabajo de los niños es un mal que debe ser eliminado. Pero resulta difícil formular un juicio general de ese tipo que sea válido en todas las épocas y para todas las culturas. En muchas sociedades, en particular en zonas rurales de bajos ingresos, la incorporación gradual de los niños en la actividad laboral se realiza de los cinco a los quince años, de manera que, para bien o para mal, su colaboración forma parte del proceso de socialización. El empleo de los niños a menudo representa también un importante complemento del ingreso de las

* Oficina Internacional del Trabajo.

familias pobres. Pero con frecuencia entraña diversas formas de explotación en beneficio de los miembros de otra categoría social o de otra generación.

Se ha abusado tal vez del término «explotación». En el presente artículo nos interesan dos aspectos particulares de la explotación: en primer lugar, la medida en que otros se apropian del producto de los trabajadores en conjunto (y, entre ellos, de los niños); en segundo lugar, la medida en que se discrimina en particular a los niños trabajadores en relación con su capacidad de producción y sus necesidades de desarrollo. Es igualmente pertinente considerar el trabajo de los niños como una forma de participación en la vida comunitaria, como una parte intrínseca del proceso por el cual se asumen los papeles de adulto. Pero el trabajo de los niños, ya sea que se considere como explotación o participación, o como ambas cosas, puede tener consecuencias para el desarrollo mental y físico, al mismo tiempo que desde el punto de vista social tiene consecuencias en cuanto a la transmisión de calificaciones, evolución de las aptitudes frente al trabajo, disciplina laboral, conciencia de clase y funcionamiento del mercado del empleo. Más aún, la labor de los niños puede influir en la división social del trabajo y en el nivel y modalidades del desempleo. En cuanto a las causas del empleo y a las modalidades de la actividad de los niños en general, cabe mencionar las imposiciones de tipo cultural, las relaciones sociales de producción, la estructura industrial y ocupacional, el tipo de tecnología disponible y, lo más fundamental, la extensión y la índole de la pobreza.

Considerando las dimensiones del fenómeno, es notable lo poco que se ha hecho para un análisis crítico de las actividades económicas de los niños. Existen muchas descripciones minuciosas, a menudo vívidas y a veces aterradoras, del trabajo de los niños en épocas y lugares determinados. Se ha legislado mucho, tanto a nivel nacional como internacional. Pero se han hecho pocos análisis de la función económica de los niños en los procesos de transformación socioeconómica y de desarrollo económico, esto es, pocos intentos por comprender las causas, funciones y consecuencias de las actividades económicas de los niños, más allá de la descripción de sus manifestaciones. No faltarán quienes sostengan que esto carece de importancia, que el trabajo de los niños es indeseable y que es preciso suprimirlo o regularlo por la ley, por lo que no es necesario comprender su origen. Pero el fracaso mismo de la ley en la tarea de reducir substancialmente el trabajo de los niños en la mayor parte del mundo demuestra que esa opinión es falsa. La elaboración de una política eficaz exige una verdadera comprensión de la función de los niños dentro de un contexto social amplio, y sin el prejuicio moralizador y etnocéntrico que inspira los trabajos sobre la materia.

El presente artículo vuelve a plantear algunos de estos temas. En la sección siguiente se examinan brevemente ciertos problemas básicos de definición y de concepto. A continuación se considera el marco social que forma el contexto del trabajo de los niños, antes de analizar el significado

de éste en términos de sus funciones y efectos. Por último, se describen algunas de las necesidades más urgentes en materia de investigación¹.

2. «Niños» y «trabajo»

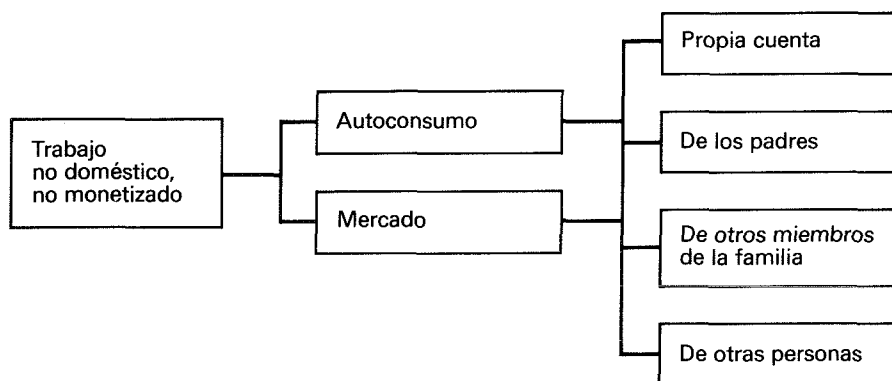
La noción de infancia puede parecer evidente y limitarse a una cuestión de edad. En efecto, en muchas sociedades ésta podría ser una definición adecuada. Pero la «infancia» para algunos — en particular Ariès — es un concepto reciente, desarrollado en las sociedades industrializadas. En otras partes, las etapas de la vida social y biológicamente definidas pueden entrañar obligaciones y modelos de comportamiento diferentes; la medida de la dependencia y la necesidad de protección variarán según las sociedades y la edad. En algunas sociedades existen puntos muy definidos tales como la pubertad o los ritos de iniciación, en otras existe una incorporación gradual en las actividades de los adultos. El «juego» puede ser reinterpretado gradualmente como «trabajo» a medida que el niño crece, incluso si la actividad misma no se modifica. Allí donde las actividades económicas están organizadas en torno a la familia o el hogar, esas transiciones graduales son relativamente fáciles, pero el trabajo remunerado fuera de la familia provoca un cambio brusco de medio y de reglamentación del trabajo. Por tanto, la infancia puede terminar en forma repentina en el momento en que comienza el empleo, el que puede coincidir con el fin de la educación formal.

En consecuencia, el concepto de infancia debe relacionarse siempre con un marco social determinado, así como con la edad cronológica. Pero si esto es aplicable al concepto de infancia, lo es aún más a la noción de trabajo. Para analizar las causas y las repercusiones de las actividades laborales de los niños hay que imaginar una serie conceptual más compleja que la que se obtiene a través de los censos y las encuestas sobre fuerza de trabajo respecto de las modalidades del trabajo de los adultos. Estos últimos suelen clasificarse, de acuerdo con la ocupación «principal», en grupos de empleados, subempleados, desempleados o económicamente inactivos. Este «enfoque de la fuerza de trabajo» ha sido muy criticado en relación con los medios de bajos ingresos, en particular los agrarios, pero esas críticas están aún más justificadas tratándose de los niños (Hull).

Una dificultad fundamental es que para la mayor parte de los niños que trabajan la actividad económica será casi con seguridad sólo parte de una serie de actividades, de manera que si la condición de trabajo se determina, para fines estadísticos, sobre la base de la «actividad principal», es probable que se ignoren muchos niños trabajadores. Por tanto, es de importancia capital que los datos se reúnan sobre «perfiles» de actividad más bien que sobre proporciones de la población en cada una de las clases de actividad convencionales de la fuerza de trabajo. A fin de contribuir a establecer esos perfiles se enumeran a continuación varias categorías de utilización del tiempo por los niños. La primera es el *trabajo doméstico*, reali-

zado por los niños de casi todos los contextos sociales, gracias al cual los adultos pueden liberarse para atender otras tareas; puede tener, además, el efecto de desalentar la asistencia a la escuela. La tipificación de las tareas domésticas por sexo comienza a menudo a una edad muy temprana y en algunos países es habitual que las niñas cumplan muchas horas de trabajo doméstico por semana. Por ejemplo, en zonas rurales de Bangladesh una encuesta por muestreo indicó que, como término medio, las niñas de diez a doce años de edad trabajaban unas 38 horas por semana (Cain). Un estudio sobre las zonas rurales de Indonesia mostró que las niñas de diez a doce años cumplían alrededor de 22 horas de tareas domésticas por semana, mientras que entre siete y nueve años efectuaban aproximadamente 18 horas (White).

En la segunda categoría de actividades figura el trabajo *no doméstico, no monetizado*, que abarca varias tareas, a menudo agrícolas, que suele estar relacionado con la actividad productiva familiar. Analíticamente es útil distinguir entre el trabajo para el autoconsumo y para el mercado (aunque en la práctica la distinción puede resultar difícil), mientras que para evaluar la naturaleza de la participación o de la explotación también es aconsejable identificar las personas para quienes se realiza el trabajo, y así desglosar la información estadística aproximadamente en la forma siguiente:



Las actividades de esta rúbrica representan gran parte de la actividad económica observada de los niños en medios de bajos ingresos, a pesar de que las encuestas sobre utilización del tiempo en Africa (por ejemplo Nigeria, Zimbabwe — entonces Rhodesia —, Zambia y Uganda) han subrayado el carácter muy estacional de la participación de los niños en tales trabajos².

La tercera categoría de actividades es de un tipo más bien diferente. Se trata del *trabajo obligado (bonded labour)* en sus diversos aspectos. Allí donde los campesinos están obligados a trabajar para los terratenientes o

los usureros, es frecuente que los niños se encuentren obligados a trabajar sin compensación. Puede suceder que los niños tengan que contribuir con un volumen determinado de labor como parte del arriendo de la familia campesina. Un arreglo frecuente es que los niños trabajen como personal doméstico no remunerado para el terrateniente (Marla). Otro es utilizar el trabajo de los niños como parte del pago de una deuda. Hace poco tiempo una encuesta nacional realizada en la India comprobó este hecho y el trabajo forzoso de padres e hijos, estando algunos niños prácticamente obligados a trabajar de por vida desde la edad de ocho años porque no había esperanza de que acumulasen lo suficiente para pagar una deuda (Marla y Maharaj; Dube). Puesto que se admite que el trabajo obligado persiste, se debe hacer un intento de evaluar su incidencia en las estadísticas de la fuerza de trabajo; esto es sin duda muy difícil, pero es lamentable el hecho de que los datos convencionales ignoren un fenómeno que aflige a millones de trabajadores.

La cuarta categoría es el *trabajo asalariado*, que interesa a muchos más niños de lo que sugieren las estadísticas actuales, por la simple razón de que la ley que en muchos países prohíbe el empleo de niños fomenta la clandestinidad más bien que la supresión del trabajo infantil. A menudo el empleo de los niños se oculta porque son contratados como parte de un grupo de trabajo familiar, a veces para realizar trabajos agrícolas, como se indicó hace poco tiempo en la Argentina (OIT, 1979 c), pero también en algunas industrias, como, por ejemplo, la fabricación de ladrillos en la India (Banerjee). Los niños suelen trabajar para prestar asistencia a parientes de más edad o a otros trabajadores, y en esos casos están doblemente sujetos a explotación: por el empleador y por el trabajador intermediario.

Es posible definir diferentes tipos de trabajo asalariado. Se debe distinguir entre los niños que trabajan a destajo o sobre una base de participación en las cosechas y los que trabajan por tiempo; entre el empleo asalariado que tiene un cierto contenido de formación y el que no lo tiene; entre el trabajo ocasional y el regular, relativamente seguro, y entre el trabajo asalariado que es un complemento o es compatible con la escolaridad normal y el que entra en conflicto con la misma. Es difícil hacer esas distinciones en las encuestas sobre la fuerza de trabajo nacional, pero la necesidad de desglosar las cifras es tal que los estadígrafos deberían hacer algún esfuerzo para superar las dificultades de la tarea. Una subcategoría especialmente importante del trabajo asalariado es el aprendizaje. Pese a que el aprendizaje suele traer aparejado el pago de un salario, muchos informes indican que es utilizado ampliamente por los empleadores como medio de emplear a jóvenes trabajadores por sueldos bajos o prácticamente nulos, dándoles un mínimo de formación. Los datos obtenidos en Nigeria en una gama de industrias sugieren que prácticamente toda la fuerza de trabajo estaba ostensiblemente formada por «aprendices» (Callaway; Morice).

La quinta categoría principal puede describirse como *actividades económicas marginales*. Estas corresponden a una serie de actividades típica-

mente incluidas en el llamado «sector no formal». Se caracterizan por su carácter ocasional, sus bajos ingresos y su carácter básicamente improductivo; por lo general no contribuyen a la acumulación de capital y a menudo se las describe como actividades de subsistencia de un *Lumpenproletariat*. Como tales comprenden tanto actividades legales como ilegales; tratándose de niños y adolescentes, a menudo las primeras llevan a las segundas. Naturalmente las encuestas convencionales casi siempre omiten esta categoría de actividades y, en consecuencia, ofrecen perfiles estadísticos que muestran modalidades de comportamiento artificialmente aglutinadas en torno a alguna norma de conducta.

La sexta categoría es la *escolaridad*, que es más difícil de evaluar de lo que sugieren las estadísticas tradicionales, especialmente porque la dicotomía entre asistir y no asistir a la escuela constituye una simplificación exagerada. Existe gran diferencia entre matrícula y asistencia, y esta última varía en regularidad y duración. Es posible que en los medios de bajos ingresos la escuela se considere como la actividad principal, pero en la práctica sólo ocupa escasa proporción del tiempo de los niños. Como mínimo debería distinguirse entre los que asisten en forma regular a tiempo pleno a la escuela y quienes combinan esta asistencia con otras actividades. Por ejemplo, en zonas rurales de Chile se observó que mientras 66 por ciento de los niños de entre nueve y quince años asistían a la escuela a tiempo pleno, 12 por ciento estaban dedicados a tiempo pleno a la actividad económica y aproximadamente 22 por ciento combinaban trabajo y escuela (Silva, 1978). Este panorama subraya la necesidad de presentar estadísticas más detalladas y precisas.

La séptima categoría es el *desempleo*. En muchos países de bajos ingresos, especialmente en zonas urbanas, los niños obligados a ingresar en la fuerza de trabajo son especialmente vulnerables al desempleo. Una vez interrumpida la labor escolar, a menudo se encuentran en períodos de ocio involuntario alternado con actividades económicas marginales. Este cuadro suele provocar un sentimiento de fracaso, pasividad, vacío espiritual y, cuando se prolonga, una especie de inadecuación para muchos empleos. Con todo, debido a los límites esencialmente arbitrarios de edad utilizados en las clasificaciones de la fuerza de trabajo, y puesto que quienes buscan empleo por primera vez suelen no figurar en las cifras de desempleo, la mayor parte de los niños desempleados quedan excluidos de las estadísticas oficiales. Esas clasificaciones deberían reflejar la realidad y no una ficción estadística. El desempleo en sí mismo es difícil de definir, pero, cualquiera que sea la definición adoptada, debería aplicarse a todos aquellos que de otro modo estarían trabajando.

La octava categoría de actividad es la *recreativa* o de tiempo libre, que puede distinguirse de la ociosidad debida al desempleo por su carácter voluntario y efecto benéfico. La diferencia entre tiempo libre y trabajo no es tan evidente como generalmente se supone, como lo ha mostrado Schildkrout refiriéndose a las zonas urbanas de Nigeria. Una posibilidad es tratar

las actividades recreativas como una categoría residual en la clasificación de actividades de los niños, pero si lo que se busca es establecer esquemas válidos de compilación de datos, las actividades recreativas o de tiempo libre, consideradas como una categoría de actividad, deben distinguirse de la categoría novena y última, la de las *actividades reproductivas*. Esta última categoría comprende las actividades fisiológicas, siendo las más importantes por el tiempo que se les consagra las relativas a dormir, alimentarse, asearse y otros aspectos del cuidado personal.

Esta tipología en nueve categorías es un marco básico para establecer perfiles estadísticos de las modalidades de la actividad de los niños, que podrá refinarse o ajustarse en razón de las necesidades analíticas y de política de estadígrafos y planificadores. Sirve para delinear «estereotipos» o modelos de actividad que reaparecen a menudo, ayudando así a centrar la atención en modelos reales de actividad y a sugerir políticas adecuadas para modificar esos modelos.

3. Determinantes de los modelos de trabajo de los niños

A. El contexto socioeconómico

Resulta muy fácil atribuir el trabajo de los niños únicamente a la pobreza. Si bien ésta es sin duda un factor, la medida en que los niños son obligados a trabajar o son explotados también está determinada por el tipo de producción y la correspondiente estructura del mercado del empleo.

En muchas sociedades agrarias trabajan todas las personas capaces de contribuir a los ciclos diario y anual de supervivencia y cohesión social. Los niños trabajan de acuerdo con su capacidad, y su labor es parte de un proceso de socialización. A menudo los adultos tienden a asumir las tareas que demandan mayores esfuerzos, mientras que los niños (y las personas de edad) se hacen cargo de las que requieren más tiempo. Esto parecería sugerir un panorama casi idílico de familias campesinas trabajando mancomunadas en los prados, pero se suele tropezar con disparidades o explotación. Es así como en algunas sociedades basadas en relaciones de parentesco los niños y adolescentes prestan a menudo servicios de trabajo tributario a los mayores de la comunidad o de la tribu. En algunos casos existe una especie de servidumbre por deudas, en virtud de la cual los mayores disponen del hijo o de otro pariente joven de un deudor como sirviente no remunerado hasta que se haya reembolsado la deuda. También a veces se obliga a los niños a trabajar en granjas familiares a través de un sistema socialmente sancionado de relaciones de parentesco; por ejemplo, en algunas partes de Africa la residencia en dos localidades tiene por resultado que los niños vivan separados de uno o de ambos padres y tengan que iniciar la actividad laboral a edad temprana.

En lugares donde subsisten relaciones de producción casi feudales, las obligaciones de los campesinos imponen que familias enteras trabajen para

un terrateniente, determinándose el arriendo según la contribución de los diferentes miembros de la familia de acuerdo con su sexo y edad. Incluso se mencionan casos de terratenientes que daban preferencia a las familias relativamente numerosas en lugar de otras con menos trabajadores potenciales. Los adultos eran contratados como peones por salarios tan bajos que el resto de la familia, incluidos los niños, debían trabajar para satisfacer las necesidades de subsistencia del hogar. En otros casos, las familias rurales pobres se veían obligadas a colocar a sus hijos como sirvientes o peones de los campesinos más ricos o de los terratenientes, a veces por una remuneración en efectivo mínima o sin retribución (Marla y Maharaj).

El proceso de industrialización y urbanización y el aumento concomitante de la importancia de las relaciones de producción capitalista trajeron consigo, según se afirma, una disminución a largo plazo del trabajo de los niños. Pero en las primeras etapas pueden incluso aumentar ciertos tipos de trabajo infantil, especialmente el asalariado, como sucedió en Inglaterra durante la Revolución Industrial, cuando los niños muchas veces reemplazaban la mano de obra adulta más cara y los hombres solteros o de edad a menudo tenían dificultades para conseguir trabajo sin niños que los asistieran (Pinchbeck). En la actualidad, en muchos países en vías de industrialización se mencionan casos de niños que trabajan en condiciones de explotación (en *sweat-shops*), remunerados indirectamente en forma de un pago suplementario a los padres. En algunos casos, al disminuir las actividades domésticas de subsistencia y al aparecer el trabajo remunerado en la agricultura, los niños se han visto obligados a emigrar a fin de conseguir un pequeño ingreso en zonas urbanas o a convertirse en servidores domésticos. En otros, los niños tienen que hacerse cargo de tareas casi domésticas cuando los miembros adultos de la familia deben buscar un empleo asalariado. Estas situaciones son frecuentes en África y Oriente Medio. Por ejemplo, una encuesta sobre empleo rural en Egipto indicó que se contrataba a niños para el desmote y recolección del algodón, a fin de que los hombres pudieran realizar trabajos estacionales no agrícolas y mejor remunerados (Hansen).

En zonas rurales, el número de campesinos sin tierra y la concentración de la propiedad han ido aumentando al tiempo que aparecía una tendencia hacia la producción capitalista y se acentuaba la diferenciación de clases. Esto modifica a su vez la división social del trabajo. Los hijos de los campesinos más ricos tienen libertad para asistir a la escuela, con exclusión de otras tareas. Por el contrario, los hijos de los campesinos sin tierra o de los pequeños propietarios pueden verse obligados a ingresar en el mercado del empleo. De esta manera se acentúan las diferencias sociales y las desigualdades durante varias generaciones, aunque no pueda demostrarse a ciencia cierta este proceso. Un estudio realizado en Bangladesh sugirió que el trabajo sólo era menos frecuente entre las familias de terratenientes acaudalados para los niños de más de doce años de edad, y otro estudio, en Botswana, indicó que el trabajo de los niños era menos corriente entre los

mayores terratenientes y más probable en familias que sólo poseían superficies intermedias (Cain; Cain y Mozumder; Mueller). Dos estudios sobre datos de la India dieron resultados poco concluyentes y algo contradictorios (Rosenzweig y Evenson; Rosenzweig). La dificultad de interpretar las estadísticas disponibles surge del hecho de que mientras las familias sin tierra tienen más *necesidad* de la mano de obra y de la producción o el ingreso de sus hijos, también tienden relativamente a disponer de menos oportunidades para hacerlos trabajar.

El trabajo de los niños en medios urbanos depende de diversos factores. La demanda de mano de obra infantil de bajos salarios es especialmente intensa en la industria en pequeña escala y en sectores «no formales», y aquí son más frecuentes los aprendizajes «ficticios» y las manobras de otro tipo. Los niños que trabajan contribuyen por tanto a mantener la presión para reducir los salarios de los adultos, ya sea por competencia directa o al abaratar los bienes de subsistencia (Morice). El modelo de educación es particularmente importante; la diferenciación que ya se produce en zonas rurales es probablemente más pronunciada en el medio urbano, puesto que los réditos de la instrucción son superiores, y la selección de trabajadores por su nivel de educación es más frecuente y requiere calificaciones más altas. No obstante, el abandono prematuro de la escuela, debido sea a la necesidad imperiosa de tener un ingreso o al desaliento por las altas calificaciones exigidas para obtener empleos interesantes, no conduce necesariamente al trabajo asalariado a tiempo pleno. Los niveles de desempleo son elevados en las zonas urbanas de casi todos los países industrializados, y los más afectados son los jóvenes. En algunos países las tasas de desempleo registradas entre los adolescentes han alcanzado proporciones enormes, y es probable que, si se registrasen, las tasas de desempleo de los niños serían igualmente elevadas.

Los importantes niveles de desempleo influyen en la medida de participación en la fuerza de trabajo de cualquier grupo de trabajadores. Los efectos del «desaliento» se harán sentir en el abandono de la búsqueda infructuosa de trabajo y, a pesar de que algunos pueden regresar a la escuela en un esfuerzo por obtener calificaciones, para la mayoría el resultado será un trabajo marginal intermitente o la ociosidad, cuando no la tentación del delito o de las actividades semilegales. Cuando los padres pierden su empleo o su ingreso, hay tendencia a impulsar a los niños a convertirse en «trabajadores adicionales» y a desarrollar cualquier tipo de actividad que produzca dinero. Para algunos tipos de trabajo ocasional, y actividades como, por ejemplo, la mendicidad, los niños pueden tener más posibilidad de obtener ingresos que los adultos. Para muchas niñas, la prostitución en forma más o menos velada podrá parecer la solución más fácil (Silva, en Rodgers y Standing). En resumen, la persistencia de la pobreza y del desempleo conducirá casi inevitablemente al empleo de niños.

B. Factores de microcomportamiento

Si bien el volumen del trabajo infantil suele reflejar la amplitud de la pobreza y de la desigualdad de ingresos y la estructura de la producción, en la incidencia o en los modelos de participación de la fuerza de trabajo infantil influyen también los factores familiares. El tipo de hogar constituye un factor importante, sobre todo cuando sus dimensiones y estructura han variado en forma apreciable en razón de cambios socioeconómicos más amplios.

Se ha comprobado que, en medios de bajos ingresos, los niños de una familia nuclear ingresarán más probablemente en la fuerza de trabajo que los pertenecientes a una familia extendida, y ello porque es más fácil que deba recurrirse a ellos como trabajadores adicionales cuando falta el ingreso o la oportunidad de trabajo para uno de los padres o para ambos. Un estudio realizado en Colombia constató esta tendencia, comprobándose que con más frecuencia eran las niñas las que debían abandonar la escuela para ingresar en la fuerza de trabajo (Walter). Datos sobre el Perú indican que los niños de hogares que están a cargo sólo del padre o de la madre tienen más probabilidades de ingresar en la fuerza de trabajo; para cualquier edad, el orden de nacimiento influye considerablemente en la probabilidad de que los niños sean económicamente activos, siendo la probabilidad mayor la del primogénito (Tienda). Esas constataciones, que aisladamente no son sorprendentes, sugieren tres factores que, por sí mismos, parecen tender a elevar las tasas de actividad de los niños en los países de bajos ingresos en vías de industrialización: en la medida en que está disminuyendo la natalidad, una proporción mayor de niños pertenecen a familias reducidas; en mayor proporción son los primogénitos, y, lo que es sumamente importante, hay pruebas, especialmente en América latina y en Africa, de que con la creciente urbanización aumenta también el número de hogares a cargo de un solo padre, tratándose especialmente de madres con hijos.

La situación profesional de los hogares también incide en la probabilidad de que trabajen los niños. Las tasas más altas de actividad infantil se encuentran en hogares en que el trabajador principal adulto realiza tareas agrícolas, en particular si es agricultor por cuenta propia más bien que asalariado. En el Perú, más de 46 por ciento de los niños campesinos de entre seis y trece años eran económicamente activos, comparado con una muestra media de 18,4 por ciento para todo el país (Tienda). Es más probable que trabajen los niños de hogares en que los padres están ocupados en el sector de servicios, en particular si trabajan por cuenta propia en empresas de pequeña escala, más bien que aquellos cuyos padres trabajan en industrias manufactureras.

Es evidente que el ingreso del hogar es uno de los elementos determinantes de la actividad laboral de los niños. Los trabajos de investigación realizados en muchos países, entre los que figuran estudios sobre el trabajo

infantil en Chile (Da Vanzo), El Salvador, Sudán (Peek), Colombia (Walter), la India (Rosenzweig) y el sur de Asia (Richards y Leonor), han demostrado una y otra vez una fuerte relación inversa. De igual manera, no sorprende comprobar que cuanto mayor sea la educación de los padres menos probable es que trabajen los niños. Esto se ha comprobado en El Salvador, Sudán, Perú y muchos otros países. La situación puede deberse en parte a que el ingreso más alto que generalmente acompaña un nivel superior de instrucción no impone la necesidad de que los niños trabajen, y en parte a la tendencia de los padres con nivel más alto de instrucción a abrigar las mismas aspiraciones para sus hijos.

4. Consecuencias del trabajo de los niños

A. Funcionamiento de las relaciones sociales

En la sección anterior sosteníamos que el trabajo de los niños sólo puede comprenderse en el contexto de las relaciones sociales subyacentes. A la inversa, en muchas sociedades las actividades económicas de los niños desempeñan una función importante e incluso vital en apoyo de una estructura particular de relaciones sociales. El análisis que Schildkrout hace de Kano es un buen ejemplo. La actividad económica de las mujeres puede continuar, a pesar del *purdah*, porque los niños actúan como intermediarios o mensajeros, transportando bienes y llevando recados, con lo que las mujeres quedan liberadas de la necesidad de mostrarse en público. Queda por ver si el contexto económico y cultural es lo que determina esta función particular de los niños, o si la posibilidad de que los niños trabajen de esta manera es lo que permite la supervivencia del *purdah* como forma particular de organización económica. Ambas opiniones son probablemente correctas en parte, y el debilitamiento de cualquiera de sus elementos esenciales conduciría seguramente al colapso del sistema, cosa que Schildkrout profetiza, en efecto, como resultado de la difusión del sistema escolar «occidental».

Morice da un ejemplo más contundente. Sostiene que el modesto sector no formal de las ciudades de Africa occidental sobrevive únicamente gracias a que puede explotar una mano de obra infantil barata. Dicho sector, de baja productividad y escasa capitalización, sólo subsiste ante las empresas capitalistas modernas produciendo a precios sumamente bajos. El aprendizaje ficticio, la explotación de los hijos de parientes o simplemente la utilización de menores con sueldos muy bajos, y que proceden de familias ansiosas de obtener un ingreso adicional, son condiciones para la supervivencia del sistema económico en conjunto, puesto que el sector no formal produce bienes baratos y, en consecuencia, contribuye a mantener los salarios bajos en la economía. La eliminación efectiva del trabajo de los niños perjudicaría a muchos intereses y exigiría cambios profundos en la estructura económica.

Cain y Mozumder estudian un caso más complejo, al comparar los mercados del empleo en que los salarios se fijan sobre la base del trabajo de los individuos con aquellos que generan un salario de subsistencia de la familia. En los primeros, los incentivos para el trabajo de los niños son mayores, puesto que su resultado es un verdadero aumento del ingreso familiar. Esto, a su vez, crea incentivos para una mayor fecundidad, llegándose a modelos sociales que se caracterizan por altos niveles de trabajo y por familias numerosas. En los sistemas basados en la familia, tales incentivos son más débiles. Estos autores, analizando datos sobre zonas rurales de Bangladesh, encuentran una estructura de mercado del empleo que corresponde al modelo de salario individualista y asociado con altos niveles de trabajo infantil y niveles sumamente bajos de salarios.

En muchos análisis de estructura de la producción y del empleo se utilizan datos sobre la fuerza de trabajo a partir de la edad de catorce o quince años. Los ejemplos precedentes muestran que esos análisis probablemente descuidan importantes mecanismos socioeconómicos. Desde luego, no siempre ocurre así. En muchos casos el trabajo de los niños es realmente marginal e incluso inexistente en el sentido convencional del mercado del empleo. Pero descuidar la importancia del trabajo de los niños ha socavado muchos intentos de analizar los modelos de empleo, salarios y producción.

B. Consecuencias personales del trabajo de los niños

La consecuencia más evidente del trabajo de los niños se repercute en el bienestar y el desarrollo de los mismos niños. Está muy difundida la noción de que la actividad laboral tiene efectos negativos en su salud y su desarrollo físico: el trabajo puede agotar escasas reservas de energía, minar la resistencia a las enfermedades y exponer a los niños a no pocos accidentes. Parece imposible que algunas de las exigencias observadas — por ejemplo, la semana de 72 horas de trabajo vigente en dos fábricas de alfombras de Marruecos, una de las cuales empleaba muchos niños de nueve o diez años de edad (Anti-Slavery Society) — no tengan efectos perjudiciales en la salud y el desarrollo físico. Existen, no obstante, escasas pruebas directas y los efectos graves de este tipo podrían limitarse a una gama restringida de ocupaciones y situaciones. La alternancia de juego y trabajo que se encuentra en muchas sociedades campesinas, con una transición gradual de una actividad a otra, no tiene efectos negativos evidentes, si bien no existe certeza al respecto. Es urgente que estas cuestiones sean investigadas a fondo.

Igualmente importantes son los efectos en la educación y el desarrollo intelectual. Estos varían considerablemente según la forma de producción y la naturaleza de las relaciones sociales. En muchos casos, el empleo a edad temprana, al privar a los niños de la escolaridad y los correspondientes certificados, los condena a una vida de empleos no calificados y de

escaso nivel. Al mismo tiempo, el empleo comienza a menudo dentro de una estructura social en que el trabajo es impuesto por la obligación que se siente hacia los padres u otros parientes, mientras que la producción y el ingreso generados por el trabajo ya no son un beneficio individual, sino del hogar o del grupo familiar. En esas circunstancias, el trabajo es un componente importante de la socialización y refuerza modelos particulares de obligación social, al mismo tiempo que genera actitudes positivas respecto de los modelos de organización existentes. Por otra parte, es más probable que la escolaridad oficial entre en competencia con el trabajo económico, más bien que complementarlo. Este último dejará probablemente a los niños sin la energía, el tiempo y el deseo de asistir a la escuela o de aprender mientras se encuentran en ella. Naturalmente, la asistencia a la escuela no es sinónimo de desarrollo intelectual. Muchos sostienen que la escuela se preocupa más de producir trabajadores integrados y dóciles que de desarrollar las facultades creadoras; y que ni siquiera logra el primer objetivo, porque despierta aspiraciones que el sistema económico no está en condiciones de satisfacer. Pero ésta no es razón para reducir el acceso a la escolaridad o menospreciar el conflicto entre escuela y trabajo. Es más bien una razón para hacer que la actividad laboral de los niños forme parte del proceso de educación y, al mismo tiempo, adecuar la naturaleza de la educación a la futura contribución económica de los egresados³.

C. Consecuencias para el comportamiento de los hogares y de los individuos

El trabajo de los niños afectará, en mayor o menor medida, al comportamiento de todos aquellos que ganan o pierden a causa del mismo. Es de presumir que la fecundidad será mayor cuanto mayores sean las oportunidades de trabajo de los niños, en la medida en que los padres se benefician con ese trabajo, y tal supuesto ha sido confirmado por estudios empíricos (Schultz; Rosenzweig y Evenson). Ya se ha mencionado el análisis que Cain y Mozumder hicieron de esta cuestión en Bangladesh. También cabe esperar que se modifiquen los modelos de oferta de trabajo de los demás integrantes del hogar, en particular de las madres, y esto se observa con mucha frecuencia. La extensión del trabajo de los niños en las zonas rurales también tiene posibles consecuencias sobre el nivel y la incidencia de la emigración rural. La utilización de los niños para realizar trabajos en el hogar y en la agricultura también puede permitir que otros miembros de la familia emigren en busca de empleo estacional o a más largo plazo. Otras relaciones semejantes pueden preverse respecto de los modelos de matrimonio, comportamiento en materia de consumo y decisiones de inversión por las unidades de producción familiar. Las relaciones a micronivel de este tipo, en que el trabajo de los niños puede ser causa o consecuencia, resultan relativamente fáciles de examinar en forma empírica.

D. Estructura, diferenciación y disparidades en el mercado del empleo

Los modelos de actividad infantil influyen de diversas maneras en la estructura del mercado del empleo. Un efecto importante se hace sentir en el papel de los sexos y en la discriminación según el sexo en ese mercado. Es frecuente que las niñas realicen tareas casi domésticas, mientras que los niños desarrollan actividades de mercado o casi mercado. Esto podrá comprobarse desde las edades más tempranas, como lo mostró White en Indonesia, o la diferenciación podrá producirse sólo a medida que se acerca la pubertad, como en el norte de Nigeria (Schildkrout). La diferenciación por sexo se refuerza también cuando los niños trabajan con los padres o con parientes del mismo sexo — las niñas en la cosecha del té (India, Dube) o en el servicio doméstico (Chile, Silva, en Rodgers y Standing), los niños en una gran variedad de actividades agrícolas (Bangladesh, Cain y Mozumder) o como aprendices en empresas manufactureras de pequeña escala (Africa occidental, Bekombo). La concepción arraigada de los distintos papeles que implica esta diferenciación desde la infancia es un elemento importante para explicar la prevalencia y estabilidad de la diferenciación sexual en las actitudes de trabajo entre los adultos.

Un segundo efecto importante se refiere a la función que cumple la escolaridad en el acceso a los puestos de trabajo urbanos, que ya hemos examinado. El trabajo manual confiado a edad muy temprana a los hijos de hogares pobres los coloca en desventaja en materia de instrucción, y tal vez incluso en materia de nutrición y salud. Esto, a su vez, restringe su acceso a los empleos, especialmente cuando existe alto nivel de desempleo. Los certificados de estudios que se exigen para las tareas más satisfactorias sólo pueden obtenerlos los hijos de los ricos. Como resultado, se abre una brecha en las estructuras de las carreras, en las posibilidades de empleo y salarios, que abarca todo el mercado del empleo. Si bien esta segmentación es en parte consecuencia del trabajo de los niños, se debe reconocer que este trabajo y la segmentación del mercado son dos aspectos de diferenciación social que se refuerzan recíprocamente.

La diferenciación en la estructura del mercado del empleo corre paralela a una diferenciación en los ingresos, si bien no se debe enteramente a las mismas razones. En la medida en que los hijos de familias pobres deben trabajar en mayor proporción que los de familias ricas, el trabajo de los niños sirve para aumentar los ingresos de los primeros en comparación con los últimos y, en consecuencia, reduce la disparidad. Pero esto sólo es válido desde el punto de vista de cada familia. A nivel de la sociedad deben considerarse otros factores. En particular, los niños que trabajan constituyen un segmento débil y no organizado, que contribuye a deprimir el conjunto de los salarios de los trabajadores no especializados. Por tanto, aunque no se discriminase a los niños como trabajadores — Cain y Mozumder sostienen que no es así en zonas rurales de Bangladesh, mien-

tras que Morice sostiene que así ocurre en las zonas urbanas de África —, es probable que su presencia en el mercado del empleo refuerce la explotación de la fuerza de trabajo en su conjunto. Además, en la medida en que el trabajo de los niños se asocia a una mayor fecundidad de los hogares pobres, tendrá por efecto aumentar la fragmentación de los bienes que poseen y conducir a una mayor disparidad de ingresos. Si se tiene en cuenta la diferenciación del mercado del empleo ya mencionada, se llega a la conclusión de que los altos niveles de empleo de los niños van asociados a mayor desigualdad de ingresos, riqueza y nivel material de vida.

5. Trazado de políticas

Pueden identificarse tres grupos principales entre las políticas directas de empleo de los niños: las que, a través de la legislación, tratan de controlar la edad a la que pueden realizarse diferentes tareas, así como los salarios y las condiciones de trabajo; las que tratan de controlar las actividades marginales y «delinquentes», y las que se refieren a la escolaridad y la formación profesional. La política del primer grupo, que requiere una legislación laboral, sólo es efectiva cuando existe una voluntad de aplicación, una administración capaz, una dificultad relativa para ocultar el empleo de los niños y relativamente poca ventaja en emplear a menores. Estas condiciones son esencialmente función del nivel y de la naturaleza del desarrollo. Mientras que la legislación ayuda indudablemente a controlar las formas más difíciles de explotación, la vía legislativa es, por sí sola, un callejón sin salida para eliminar el empleo infantil.

El segundo grupo, que consiste esencialmente en actividades de policía, puede ser más eficaz, aunque sólo sea porque los intereses creados que sustentan las actividades marginales y la delincuencia generalmente son débiles; los Estados policíacos fuertes, en consecuencia, pueden controlarlos. En conjunto, sin embargo, no necesitan hacerlo, y cuando se los incita a ello, mediante presiones para «limpiar las calles», el efecto es esencialmente la eliminación de los síntomas, con escasa repercusión en las cuestiones más fundamentales de la pobreza y el desempleo.

Es lícito, en cambio, ser algo más positivo en cuanto a las posibilidades que ofrece el tercer grupo de políticas, relacionado con la educación, la formación profesional y el aprendizaje. En los últimos años las tasas de matrícula escolar han progresado considerablemente en países de bajos ingresos, y existe complementariedad entre la matrícula escolar obligatoria y la legislación del trabajo. Hay posibilidades de elaborar programas de estudio más eficaces, de integrar el trabajo y la escuela (por ejemplo, distribuyendo los periodos lectivos a fin de evitar la época de mayor actividad agrícola o integrando la escuela y el aprendizaje), etc. Pero, como hemos visto, la aplicación práctica ha provocado gran desilusión. La escuela se convierte a menudo en un instrumento de diferenciación de clases más

bien que de integración; el aprendizaje puede convertirse en una forma de explotación; la matrícula obligatoria no se hace respetar, y no es posible hacerlo porque los pobres no ven las ventajas de la instrucción frente a la retribución, aunque sea exigua, que les reporta el trabajo de los niños.

No deben subestimarse los progresos reales que se han logrado con políticas de estas tres categorías. Pero casi todas ellas tropiezan con imposiciones de tipo estructural que limitan sus beneficios potenciales. Casi por definición, las políticas relativas a los niños son de sesgo paternalista y protector (Morice) y no están orientadas hacia las verdaderas necesidades de esa edad. Pero el problema fundamental es que, si se quiere que tales políticas tengan éxito de una manera que no sea muy limitada, habrá que abordar los aspectos estructurales del desarrollo económico. En consecuencia, probablemente será más provechoso realizar un análisis minucioso de los efectos directos e indirectos, en el trabajo de los niños, de las posibles estrategias generales de desarrollo, en lugar de investigar detalladamente instrumentos de políticas particulares. Estas últimas son necesarias, pero por sí solas son inadecuadas, puesto que el trabajo de los niños no es un problema aislado, sino el síntoma de un malestar más amplio.

6. Conclusiones

En este artículo hemos propuesto una tipología con objeto de reflejar las numerosas facetas del trabajo de los niños, distinguiendo entre labores domésticas, actividades de subsistencia, trabajo obligado (*bonded labour*), trabajo asalariado, aprendizaje, actividades marginales e ilegales, escolaridad, desempleo, y actividades recreativas y reproductivas. A continuación se han examinado las diferentes formas de relaciones de producción como medio de ilustrar las diversas maneras en que se recurre al trabajo infantil, y el carácter y extensión del trabajo que deben realizar en los diferentes tipos de sistemas de producción. También se han mencionado rápidamente las consecuencias de las diferentes situaciones familiares y personales en el trabajo de los niños. Se consideraron las implicaciones de tal situación tanto para ellos mismos — en términos de salud y desarrollo — como para las sociedades en que viven — en términos de estructura del mercado del trabajo, papel de los adultos (en particular, división sexual del trabajo) y la desigualdad del ingreso —. Se sugirió que, en análisis anteriores del trabajo de los niños, existe una tendencia a sobrestimar las consecuencias personales y subestimar las consecuencias para la sociedad.

Una cuestión clave es la amplitud de la explotación. Los niños que realizan trabajo remunerado son casi siempre explotados en el sentido de que se les paga menos de lo que producen. En ciertas situaciones la explotación puede ser intensa debido a la vulnerabilidad de los niños y su incapacidad para organizarse. Esto se aplica al trabajo obligado, por ejemplo, o al empleo prolongado de «aprendices» con salarios mínimos y con poca o

ninguna formación. En muchos otros casos se explota a los niños, pero su situación es muy similar a la de los adultos en empleos semejantes. Más aún, muchos aspectos del trabajo de los niños implican una participación y constituyen un motivo de orgullo e interés para ellos mismos, contribuyendo en forma significativa al ingreso de la familia. Las opiniones occidentales sobre la duración de la infancia y las ventajas de la escolaridad oficial tienden a oscurecer esos puntos.

Evidentemente, muchos aspectos de ese trabajo tienen efectos perjudiciales, como se ha señalado en la parte relativa al desarrollo personal y a la diferenciación social. Pero, excepto en casos extremos, tales efectos pueden atribuirse en gran medida a la estructura socioeconómica dentro de la cual trabajan los niños, más bien que al trabajo mismo. En otras palabras, es poco probable que la supresión de las oportunidades de empleo infantil asalariado tenga por efecto mejorar el bienestar de los interesados, en situaciones donde no existen otras fuentes de ingreso ni otras posibilidades de despliegue personal. Lamentablemente esas situaciones son más bien la norma que la excepción en países de bajos ingresos. De nada servirá la escolaridad obligatoria si no desarrolla facultades creadoras ni provee una base aprovechable para el posterior ingreso en el mercado del empleo.

Cuanto se haga en este campo deberá orientarse con simpatía y comprensión hacia las necesidades y percepciones de los mismos niños. Pero también deberá basarse en un conocimiento profundo de las motivaciones, funciones y utilidad del trabajo infantil en cuanto afecta a ellos mismos o a quienes se benefician de su labor. Es insustituible la recopilación de datos adecuados y la investigación detallada sobre estas materias en determinados medios. Será preciso tratar de identificar las modalidades del trabajo de los niños teniendo presente la tipología que se ha sugerido, y relacionarlas con las pautas de producción y distribución; deberán examinarse los procesos de socialización gracias a los cuales los niños asimilan normas sobre sus papeles ulteriores, y la forma como los niños de diferentes estratos alcanzan posiciones en la jerarquía social o como éstas se les atribuyen. Desde esa atalaya se podrán explorar las probables consecuencias de los diferentes tipos de intervención o de las estrategias de desarrollo. No es probable que los resultados de esta investigación aconsejen soluciones sencillas. El análisis del trabajo de los niños conduce inevitablemente a la estructura de la disponibilidad de empleos y acceso a los mismos, a la naturaleza de las relaciones de producción y a la desigualdad social y económica. Quienes no quieran o no puedan abordar esas cuestiones probablemente no serán capaces de hacer frente a los problemas que plantea el empleo de los niños.

Notas

¹ Estos temas se desarrollan en una obra cuya publicación ha sido prevista para fines de este año bajo la dirección de Gerry Rodgers y Guy Standing: *Child work, poverty and underdevelopment: issues for research in low-income countries*, en la que se reúnen los aportes de sociólogos de diversas disciplinas. Entre los autores figuran Terence Hull, Enid Schildkrout, Manga Bekombo, Alain Morice, María de la Luz Silva, Leela Dube, Mark Rosenzweig y Mead Cain. Los autores del presente artículo agradecen a todos los nombrados sus comentarios sobre otra versión de este trabajo, así como a René Wéry y otros colegas de la OIT.

² Varios de estos estudios han sido citados en el trabajo de Cleave.

³ Para un debate sobre intentos de vincular la actividad escolar con la laboral en Cuba, véase Carnoy y Wertheim.

Referencias

- Anti-Slavery Society, 1978. *Report on child labour in Morocco's carpet industry*. Londres.
- Ariès, P., 1962. *Centuries of childhood*. Nueva York, Random House.
- Banerjee, S., 1979. *Child labour in India: a general review — with case studies of the brick-making and zari embroidery industries*. Londres, Anti-Slavery Society, Report No. 2.
- Bekombo, M. «The child and work in Africa», en Rodgers y Standing.
- Cain, M. T., 1977. «The economic activities of children in a village in Bangladesh», en *Population and Development Review* (Nueva York), septiembre, págs. 201-227.
- y Mozumder, A. «Rural labour market structure and reproductive behaviour in rural South Asia», en Rodgers y Standing.
- Callaway, A., 1973. *Nigerian enterprise and the employment of youth: study of 225 businesses in Ibadan*. Ibadán, Nigerian Institute of Social and Economic Research, Monograph Series No. 2.
- Carnoy, M., y Wertheim, J., 1979. *Cuba: economic change and educational reform, 1955-1974*. World Bank Staff Working Paper No. 317. Washington, BIRF.
- Cleave, J. H., 1974. *African farmers: labor use in the development of smallholder agriculture*. Nueva York, Praeger.
- DaVanzo, J., 1972. *The determinants of family formation in Chile, 1960: an econometric study of female labor force participation, marriage, and fertility decisions*. Informe preparado para la Agencia para el Desarrollo Económico. Santa Mónica (California), Rand Corporation.
- Dube, L. «The economic roles of children in India: methodological issues», en Rodgers y Standing.
- Hansen, B., 1969. «Employment and wages in rural Egypt», en *American Economic Review* (Menasha (Wisconsin)), junio, págs. 298-313.
- Hull, T. «Perspectives and data requirements for the study of children's work», en Rodgers y Standing.
- Marla, S., 1977. «Bonded labour in Medak District (AP)», en *National Labour Institute Bulletin* (Nueva Delhi), octubre, págs. 424-430.
- y Maharaj, R. N., 1978. *National survey on the incidence of bonded labour (preliminary report)*. Nueva Delhi, Gandhi Peace Foundation, National Labour Institute.
- Morice, A. «The exploitation of children in the 'informal sector': some propositions for research», en Rodgers y Standing.
- Mueller, E., 1979. *Time use in rural Botswana*. Documento presentado en un seminario acerca de una encuesta sobre distribución del ingreso rural, celebrado en Gabarone, Botswana, 26-28 de junio de 1979. Ann Arbor, Population Studies Center, Universidad de Michigan.
- OIT, 1979 a. *Anuario de Estadísticas del Trabajo, 1979*. Ginebra.
- , 1979 b. *El trabajo de los niños*. Ginebra, doc. CONDI/T/1979/12/S (revisado).
- , 1979 c. *El trabajo de los niños*, publicado bajo la dirección de E. Mendelievich. Ginebra.

- Peek, P., 1978. «The education and employment of children: a comparative study of San Salvador and Karthoum», en la obra publicada bajo la dirección de G. Standing y G. Sheehan *Labour force participation in low-income countries*. Ginebra, OIT.
- Pinchbeck, I., 1930. *Women workers and the Industrial Revolution, 1750-1850*. Londres, Routledge & Sons.
- Richards, P., y Leonor, M., 1981. *Education and income distribution in Asia*. Londres, Croom Helm.
- Rodgers, G. B., y Standing G. (Publicado bajo la dirección de), de próxima publicación: *Child work, poverty and underdevelopment: issues for research in low-income countries*. Ginebra, OIT.
- Rosenzweig, M. R. «Household and non-household activities of youths: issues of modelling, data and estimation strategies», en Rodgers y Standing.
- y Evenson, R., 1977. «Fertility, schooling, and the economic contribution of children in rural India: an econometric analysis», en *Econometrica* (New Haven (Connecticut)), julio, págs. 1065-1079.
- Schildkrout, E. «The employment of children in Kano, Northern Nigeria», en Rodgers y Standing.
- Schultz, T. P., 1974. *Fertility determinants: a theory, evidence, and an application to policy evaluation*, preparado para la Fundación Rockefeller y la Agencia para el Desarrollo Económico. Santa Mónica (California), Rand Corporation.
- Silva, M. de la Luz, 1978. *Antecedentes sobre el trabajo de los menores en Chile*. Santiago, OIT/PREALC.
- «Urban poverty and child work: elements for the analysis of child work in Chile», en Rodgers y Standing.
- Tienda, M., 1979. «Economic activity of children in Peru: labor force behavior in rural and urban contexts», en *Rural Sociology* (College Station (Texas)), verano, págs. 370-391.
- Walter, J. P., 1970. *The economics of labor force participation of urban slum-barrio youth in Cali, Colombia: a case study*. Tesis de doctorado, Universidad de Notre Dame (Indiana).
- White, B., 1975. «The economic importance of children in a Javanese village», en la obra publicada bajo la dirección de M. Nag *Population and social organization*. Mouton, La Haya y París.